

TOLERÂNCIA E CIDADANIA

ÍNDICE

APRESENTAÇÃO	5
“Ela, para nós, não existe”: Reflexões em torno do conceito da tolerância <i>Elizabeth Challinor</i>	9
As fronteiras da tolerância <i>Pedro Pereira</i>	25
Ciganos na escola, uma reflexão sobre cidadania e tolerância <i>José Carlos Loureiro</i>	43
O trabalho certo e a casa clandestina: do campo (e de outros lugares) para o subúrbio industrial, nos anos 1960-70 <i>Emília Margarida Marques</i>	57
Trabalho intelectual no feminino: da busca pelo brancopertencimento ao vozativismo do feminismo negro. <i>Celeste Fortes</i>	81
Thoreau y un grupo de mujeres de Concord <i>Juan Diego González Sanz</i>	107
Minorias Religiosas: tolerância e os limites da cidadania <i>Helena Vilaça</i>	133
“Eu quero ser amado! Um judeu em Portugal é um estranho?” <i>Marina Pignatelli</i>	155

Título: Tolerância e Cidadania

Edição: Centro de Estudos Regionais

Organizadores:

Pedro Pereira | José Carlos Loureiro | Elizabeth Challinor

Local: Viana do Castelo

Tiragem: 250 exemplares

Capa: Francisco Araújo

Composição e arranjo gráfico: Francisco Araújo

Impressão e acabamentos: Sersilito-Empresa Gráfica, Lda.

ISBN: 978-972-9397-91-2

Depósito legal: XXXXX

THOREAU Y UN GRUPO DE MUJERES DE CONCORD

Mantenemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres y mujeres son creados iguales; que son dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y el empeño de felicidad [...] (Declaración de Seneca Falls, 1848)

Todo fenómeno histórico tiene un contexto, ese conjunto de circunstancias que lo hacen posible, que permiten comprender los tiempos que ha tardado en producirse, que lo aceleran o lo enlentecen, que lo agudizan o que disimulan su verdadero impacto. En las páginas siguientes quiero abordar una mínima parte del contexto de un acontecimiento histórico relevante: la declaración de Seneca Falls, **un hito importante en el proceso de redefinición de lo que entendemos por ciudadanía en el caso de las mujeres**. Para ello me centraré en la mención de pequeños retazos de las vidas de algunas de las mujeres que habitaron en la ciudad estadounidense de Concord (Massachusetts), en un periodo temporal cercano a 1848.

1 - En adelante, DSF. Sigo la traducción de SUSANNA TAVERA GARCÍA. *La declaración de Seneca Falls, género e individualismo en los orígenes del feminismo americano*. Arenal, 1996, 3(1), pp. 135-144.

Y lo haré siguiendo a la autora Laura Dassow Walls, que ha escrito una magnífica biografía del que fuera uno de los mayores escritores de Norteamérica: *Henry David Thoreau. Una vida*. Como ocurre siempre en las buenas historias sobre vidas concretas, esta obra no trata solo sobre Thoreau, sino también sobre la ciudad y las gentes que lo rodearon. En este caso, Concord, ciudad literaria donde las haya, en la que vivieron Thoreau y Ralph Waldo Emerson, Nathaniel Hawthorne, Ellery Channing y Bronson Alcott. Pero en la que también se desarrollaron las vidas de muchas mujeres, más o menos conocidas, a las que Dassow Walls presta una cuidadosa atención en su libro². Los destellos que sobre ellas aparecen aquí y allá en *Henry David Thoreau. Una vida*, me parecen muy útiles para iluminar un poco mejor el mundo que rodea a la declaración de Seneca Falls.

2 - Es digno de mención no solo el mimo con el que la autora va recogiendo en el texto multitud de detalles concernientes a estas mujeres, sino como los indica pormenorizadamente en el índice onomástico y temático del libro (cfr. HDT, 593-622).

I. Concord, un lugar revolucionario

No obstante, cuando una larga cadena de abusos y usurpaciones, que invariablemente persiguen el mismo objetivo, muestra la intención de someter la humanidad a un despotismo absoluto, el deber de ésta consiste en derribar semejante gobierno y prepararse a defender su seguridad futura. Tal ha sido la paciente tolerancia de las mujeres respecto a este gobierno y tal es ahora la necesidad que las empuja a exigir la igualdad a que tienen derecho. [...]

Decidimos, que la mujer ha permanecido satisfecha en los estrechos límites que le han indicado las costumbres corruptas y la aplicación desnaturalizada de las Escrituras, y que ya ha llegado el momento de que se mueva en la esfera mucho más amplia que el gran Creador le ha asignado. (DSF)

Las raíces de Henry David Thoreau no estaban en un sitio cualquiera. La pequeña ciudad de Concord tenía, en el momento de su nacimiento, una larga historia de participación en los movimientos políticos que habían llevado a la independencia de los Estados Unidos. Y mantendría esta vocación

revolucionaria gracias a los hombres y mujeres de la generación de Thoreau, y a él mismo. Con toda una tradición reformista a su espalda, podríamos decir que Concord era a principios del siglo XIX un laboratorio de **tolerancia**, un lugar especialmente favorable para practicar cualquier tipo de ideas nuevas. Ese fue el caso de las conocidas como comunidades utópicas —en las que varias familias compartían trabajo y espacio vital buscando iniciar una forma nueva de convivencia social—, entre las que destacaron Brook Farm o Fruitlands (fundada por Bronson Alcott y Charles Lane). Pero el deseo de innovar en la vida iba mucho más allá de estas comunidades, digámoslo así, institucionalizadas. Estaba impregnado en el carácter de muchos de los habitantes de Concord, algunos de los cuáles no dudaban en poner en marcha sus propios intentos de reforma social y personal.

Emerson había rechazado la invitación de [George] Ripley para unirse a Brook Farm, afirmando que había «construido y plantado» su propia comunidad utópica, es decir, su casa y su ciudad. En casa estaba reformando «el trabajo y la autoayuda» por medio de «experimentos sociales y domésticos», que incluían una mesa común donde los criados se sentaban con los Emerson como iguales (HDT, 134).

La militancia política y religiosa en Concord estaba, por tanto, a la orden del día, y son bien conocidos los acontecimientos relacionados con el rechazo de Thoreau a pagar los impuestos electorales del Estado, cuya narración contribuiría más tarde a dar cuerpo al concepto de desobediencia civil. Dicha militancia llegó a su punto álgido con la participación masiva de sus habitantes en la Guerra de Secesión.

[...] el ataque a Fort Sumter lo cambió todo, cristalizando años de furia hirviente. Cuando Lincoln pidió 75.000 voluntarios para recuperar el fuerte, Concord se encendió. «Todos están hirviendo de emoción», escribió Louisa May Alcott (HDT, 477)³.

Así, no es difícil comprender que las proclamas de la Declaración de Seneca Falls para oponerse a un gobierno al que se consideraba deslegitimado —por persistir en actos contrarios al acuerdo fundacional que lo sustentaba—, no eran en 1848 algo que, en principio, sonase extraño a los hombres y

3 - El impacto de la Guerra de Secesión sobre la vida y la escritura de Alcott ha sido analizado con detalle por la profesora Ana Choperena en sus estudios sobre narrativas enfermeras femeninas en Estados Unidos durante y después de la Guerra de Secesión. ANA CHOPERENA Y JULIE FAIRMAN. Louisa May Alcott and Hospital Sketches: An innovative approach to gender and nursing professionalization. *Journal of Advanced Nursing*, 2018, 74 (5), pp. 1059-1067. <https://doi.org/10.1111/jan.13510>

mujeres de Concord. Lo que suponía la piedra de toque de esta reivindicación feminista no estaba en su condición de manifiesto revolucionario, algo consustancial a su idea de América y a su modo de entender el cristianismo, sino en su contenido, que ponía sobre la mesa una cuestión omnipresente, pero a menudo silenciada: los derechos de las mujeres.

II. Un universo lleno de mujeres

Decidimos, que la mujer es igual al hombre, que así fue establecido por el Creador y que el bien de la raza humana exige que sea reconocida como tal. [...]

Ahora, en vista de la situación en que vive la mitad de la población a la cual se le niega el reconocimiento de sus derechos y se le somete a una degradación social y religiosa, en vista de las leyes injustas más arriba mencionadas y porque las mujeres se sienten vejadas, oprimidas y fraudulentamente desposeídas de sus derechos más sagrados, insistimos en que se les deben reconocer inmediatamente todos los derechos y privilegios que, como ciudadanas de los Estados Unidos, les pertenecen. (DSF)

No hay ninguna historia americana que valga la pena escuchar o leer en la que no destaque, antes o después, la presencia de una mujer. Recuerdo ahora, por poner solo un ejemplo, los relatos sobre la vida de los tramperos y los pioneros de la marcha hacia el Oeste, narrados por Bernard De Voto en un libro imprescindible: *Más allá del ancho Misuri*. En esos primeros pasos de la expansión estadounidense hacia el Oeste, las mujeres (indias, negras y blancas) viven las mismas terribles experiencias que los hombres y mueren, igual que ellos, conquistando o defendiendo un lugar.

También la historia americana de Thoreau en Concord está llena de mujeres. Como es lógico, las de su propia familia: su madre (Cynthia Dunbar), sus hermanas (Helen y Sophia), cinco hermanas de su padre -de las que cuatro permanecerían solteras-, o su prima (Rebecca Billings), entre otras. Pero también las de familias amigas, como las Emerson (Lidian, esposa de Ralph W. Emerson, y sus hijas: Edith y Ellen), las Alcott (Abigail, esposa de Bronson Alcott, y sus hijas: Anna, Elizabeth y Louisa May, autora de *Mujercitas*), o Sophia Hawthorne. Sin olvidar al resto de vecinas de la ciudad ni a las mujeres no estrictamente residentes en Concord, aunque fueran visitas habituales, como Margaret Fuller.

El mundo de Thoreau era, un mundo pletórico de vida femenina, en el que la posibilidad de en-

cuentro entre hombres y mujeres – ciertamente mediado por rígidos convencionalismos sociales y religiosos⁴— era constante. Convivió con muchas mujeres, entre ellas algunas chicas jóvenes irlandesas, a las que su familia empleaba hasta que se «independizaron una vez aprendieron la forma de vida americana» (HDT, 331). Junto a ellas pudo ver y aprender mucho, no solo sobre la sabiduría de las pequeñas cosas a la que otros no prestaban atención, sino también sobre la creación de un espacio habitable y feliz, a todos los niveles: un hogar interior para el individuo, un hogar para una familia, un hogar para la comunidad, un hogar en y con la Naturaleza.

Destaca como maestra en estas lides su madre, Cynthia Dunbar, una mujer alegre y luchadora, de espíritu abierto y mente despierta, decidida a hacer de su casa y de su familia una pieza clave en la construcción de la sociedad de Concord.

Cynthia siempre tenía la última palabra respecto a quien hospedaba en su casa y se aseguraba de que sus huéspedes fueran gente decente

4 - Me parece claramente reveladora de la dureza de estos convencionalismos la llamada a la comprensión de Harriet Ann Jacobs: «Pero vosotras, mujeres dichosas cuya pureza se ha protegido desde la infancia, que habéis sido libres de elegir el sujeto de vuestro afecto, cuyos hogares protege la ley, ¡no juzguéis a la joven esclava con demasiada severidad!», HARRIET ANN JACOBS. *Incidentes en la vida de una esclava*. Universidad de León, León, 1997, p. 61.

que pudiera educar a sus hijos en las nuevas ideas que barrían la nación y dirigirse a la vida intelectual de la comunidad (HDT, 73).

En Cynthia Dunbar toma cuerpo esa cultura militante de la que hablaba anteriormente. En las páginas de *Una vida* aparece como alguien dispuesta a no dejar las cosas tal y como las encontraba, sino a pelear por modificarlas de acuerdo con sus propios puntos de vista, con esa «ley superior» a la que haría mención la Declaración de Seneca Falls⁵.

Si John evitaba las controversias, Cynthia, la defensora vocal de causas liberales, las cortejaba. Su aguda mirada y su caustico ingenio deleitaba a sus amigos, pero era una provocación para sus vecinos más convencionales. [...] Un vecino afirmaba que la presteza de Cynthia a condenar una falta «trataba con toda honestidad de procurar una reforma» (HDT, 58).

El carácter atrevido y robusto de Cynthia encontraba un antecedente en su propia madre, Mary Jones Dunbar, quien, siendo hija de un rico hacendado *tory* y esposa de un reverendo con simpatías

5 - «[...] esta ley de la naturaleza, coetánea a la humanidad y dictada por el mismo Dios, es por supuesto superior a ninguna otra». DSF.

por los sublevados patriotas, no dudó en ayudar a sus hermanos pro-británicos durante la revolución (cfr. HDT, 46-47). Dassow Walls tiene muy en cuenta la figura de Cynthia en la evolución de su hijo y en la creación del clima del hogar en el que creció Henry David, llegando a afirmar que «sin una vida familiar tan estable y alegre, posiblemente Thoreau no podría haber seguido su carrera como lo hizo» (HDT, 331). También sus hermanas, Helen y Sophia, mostraron una personalidad fuerte y aguerrida, y fueron un gran apoyo para Henry David, hasta el punto de que fue Sophia Thoreau, junto con Elizabeth Hoar, quién ayudó a su hermano a editar varias de sus obras ya en su lecho de muerte.

La relación de Thoreau con sus amigas y vecinas muestra que él estaba interesado, más que en ninguna otra cosa, en su propia revolución interior, pero también que ellas lo aceptaban y apreciaban su sinceridad y determinación, a pesar de la distancia personal a la que podía llevar en ciertos momentos. Como diría Abigail Alcott -a la que Dassow Walls califica como la «fiel Abigail» (HDT, 252) —: «No es poca dicha vivir en la misma época que un hombre tan experimental y sincero» (HDT, 251). Ella lo conocía bien, pues Thoreau había sido maestro de Anna Alcott, que más tarde sería también maestra de escuela en Concord. La misma Anna y su hermana Louisa May se encargarían de

adornar con flores y ramas del bosque —en un tierno homenaje a su amor por la Naturaleza— el cuerpo de Henry David en su funeral. Sophia (Peabody) Hawthorne también apreciaba a Thoreau y fue testigo de su proceso de maduración personal. Lo cuidó y lo acompañó hasta el final y tras su muerte dijo que había dejado «un ‘gran vacío’ en Concord» (HDT, 497).

Sin llegar a mantener una relación estable con ninguna mujer (a pesar de ciertos episodios romántico-eróticos de diferente intensidad y duración con Lucy Jackson Brown, Lidian Emerson, Ellen Sewall, Mary Russell, entre otras) Thoreau recibió una proposición de matrimonio por parte de Sophia Foord, que fue tutora de los hijos de la familia Emerson, y a la que Louise May Alcott recuerda por la libertad y la alegría que tenía el modo en que educaba a las niñas, a las que instruía de forma divertida y «desinhibida» (HDT, 241). Por muy extravagante e incluso huraño que pudiera parecer, no debía Thoreau dar la impresión de ser alguien incapaz de comprender a una mujer valiente o de convivir con ella abriendo las puertas a un nuevo modo de relación.

De hecho, se sintió deslumbrado por la presencia de algunas de estas mujeres nuevas, capaces de ser diferentes. Entre ellas destacan Kate Brady, que vivía de una forma muy peculiar, rechazando

las restricciones sociales impuestas a su sexo y a la que Thoreau reconocería un valor especial: «Nunca escuché a una chica o una mujer expresar un amor tan fuerte por la naturaleza» (HDT, 402), y sobre todo Mary Moody Emerson: «La mujer más ingeniosa y vivaz que conozco» (HDT, 324).

A pesar de los prejuicios de su tiempo y de los suyos propios, no es de extrañar que con modelos femeninos de este porte Thoreau estuviese predispuesto a reconocer la valía de las mujeres pioneras. Es significativo, en este sentido, que la primera publicación de Thoreau estuviese centrada en la vida de una mujer, Anna Jones, que había vivido la revolución americana. Se trató de un obituario para la revista *Freeman's Gazette*, que Thoreau escribió después de entrevistarse personalmente con ella justo antes de que muriese, ya muy anciana.

III. Mujeres activas en la comunidad y en el país: abolicionismo

Decidimos, por lo tanto, que habiéndole asignado el Creador a la mujer las mismas aptitudes y el mismo sentido de responsabilidad que al hombre para que los ejercite, a ella le corresponden el derecho y el deber de promover las causas justas con medios también justos. (DSF)

Sería un grave error pensar que las iniciativas de reforma impulsadas por las mujeres de Concord se limitaban a un cambio meramente personal. Si algo llama la atención al ir conociendo, de la mano de Dassow Walls, el papel de las mujeres en la formación del caldo de cultivo del futuro Thoreau —cuya imagen más conocida es la del adalid de la vida solitaria y de la independencia del individuo frente a la presión social—, es la constante e intensa vocación comunitarista de las mujeres de la sociedad en la que creció. Muchas de ellas, empezando por su propia madre, estaban más que dispuestas a trabajar por un cambio social, y a hacerlo, además, agrupándose con otras personas.

Como John, [Cynthia] prestaba servicios comunitarios y se unió a la Sociedad de Caridad Femenina de Concord y albergaba con regularidad sus encuentros [...] (HDT, 59).

La actividad comunitaria de aquellas mujeres llegaba a todos los ámbitos y estaba impregnada de todo tipo de sensibilidades religiosas y políticas. Puede ser un buen ejemplo aquella vez en que Caroline Brooks Hoar pensó que la «Navidad de 1853 debía ser una verdadera celebración comunitaria. Todos los niños de la ciudad, ricos o pobres, tendrían un regalo elegido especialmente para ellos» (HDT, 344). La ciudad entera se volcó en hacer realidad su idea, como sucedería en muchas otras ocasiones con iniciativas de distinto tipo, incluidas las de tipo cultural. Evidentemente, sería un dislate soslayar la dimensión religiosa de una sociedad construida a partir de cristianos reformados huidos de Europa. No obstante, la asociación de mujeres y religión en el imaginario colectivo español no es homologable a la situación que estamos describiendo.

De ese atareado grupo [la Sociedad de Caridad Femenina de Concord] (la «sociedad de la *cháchara*», como algunos hombres la llamaban despectivamente) surgiría la Sociedad

Femenina Antiesclavista de Concord, una de las primeras y más activas de la nación. Antes de que el abolicionismo llegara a los medios y las salas de conferencias, vivía en hogares familiares donde madres y esposas, hermanas e hijas se juntaban para tejer la fábrica de la comunidad (HDT, 59).

La idea de «promover causas justas» estaba claramente marcada en estas mujeres y no encontraron otra más urgente e importante que la lucha contra la esclavitud. En ella se destacaron desde el principio, abriendo una senda que solo más tarde sería transitada por los varones, más afamados y poderosos que las pioneras que se les habían adelantado. El caso de Thoreau no es una excepción.

Mientras Henry estaba buscando un papel y una voz, las mujeres de su familia encontraban los suyos. [...] En 1834, tres de las más destacadas ciudadanas de Concord formaron la Sociedad Antiesclavista del Condado de Middlesex y en 1835 [...] Helen y Sophia Thoreau se involucraron en el abolicionismo. [...] En suma, Henry Thoreau volvió de la Universidad para encontrar su hogar convertido en un vivero de abolicionismo radical (HDT, 108-109).

Cuando la lucha en contra de la esclavitud se vaya cobrando sus víctimas, morirán sobre todo los hombres, pero también padecerán las mujeres, como ocurrió tras la ejecución del activista John Brown.

Los Thoreau, los Emerson, los Alcott y otros se unieron para proporcionar ropa y alojamiento a las hijas de Brown, y Sophia Thoreau organizó una reunión en que las mujeres de la ciudad hicieron un edredón para su madre, Mary Brown, cada cuadrado bordado con una cita reveladora. Esa ayuda y consuelo a la familia de John Brown fue un acto de militante desafío (HDT, 463).

La vinculación del abolicionismo con la lucha por los derechos de las mujeres está fuera de toda duda, siendo los mismos grupos que impulsaron el primero el foco en el que la segunda fue avanzando y tomando forma. Como si de un ejercicio de entrenamiento se tratase, en la pelea por la dignidad de los negros y la abolición de la esclavitud las mujeres fueron desarrollando todas las habilidades necesarias para conquistar después la reforma de sus propios derechos civiles.

El abolicionismo y los derechos de las mujeres fueron causas hermanadas [...] porque las mujeres, no los hombres, fueron las líderes del abolicionismo en sus orígenes (HDT, 323).

Dos me parecen las más importantes de entre las nuevas capacidades que las mujeres de Concord adquirieron en su militancia abolicionista: la toma de la palabra y la educación de los hombres.

IV. Tomar la palabra

[...] y, especialmente, en lo que se refiere a las grandes causas de la moral y la religión, le corresponde el derecho a enseñar, con él, a sus hermanos, tanto en público como en privado, por escrito y de viva voz, mediante todo instrumento útil, y en toda asamblea que valga la pena celebrar; y, siendo ésta una verdad derivada de los principios divinamente implantados en la naturaleza humana, cualquier hábito o autoridad, moderna o con venerable pretensión de antigüedad, que se oponga a ella, debe ser considerada como una evidente falsedad, contraria a la humanidad. (DSF)

Desde antiguo el uso de la palabra está vinculado a la libertad individual y al ejercicio del poder dentro de una comunidad. Al serles negada la posibilidad de hablar en público, las mujeres estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX tenían disminuida su capacidad de desarrollo personal, intelectual y político. Sin embargo, disminuida no es lo mismo que eliminada, y ellas supieron encontrar la manera de poner sus ideas en otras gargantas, en un primer momento, y, más tarde, alzar sus propias voces. Thoreau fue uno de los hombres que colaboraron con ellas en esta tarea.

Los activistas antiesclavistas de Concord estaban dirigidos por mujeres, incluyendo a todas las mujeres de la familia Thoreau, pero las mujeres tenían prohibido hablar en público. Si había que defender el abolicionismo, los hombres tendrían que dar un paso adelante y Thoreau lo dio [...] Eso suponía ponerse de parte del ala radical, que ya se había separado de la conservadora a propósito de los derechos de las mujeres (HDT, 155).

Otros eminentes habitantes de Concord también lo hicieron, como Emerson, al que le costó mucho tiempo sumarse al abolicionismo.

El público se reunió en el ayuntamiento, donde Emerson dio un discurso de dos horas y media, el primero de sus discursos antiesclavistas y uno de los mejores que pronunció. Margaret Fuller, al escucharlo, lloró de alegría; Emerson había tomado partido por fin (HDT, 187).

Sin embargo, cuando llegó el turno de empezar a oír directamente a las mujeres, hasta estos mismos varones valientes mostraban lo arraigado de sus prevenciones respecto a la capacidad de sus vecinas para tomar la palabra. Lo muestra muy bien una anécdota sobre la conferencia «Vidas de mujeres renombradas», que pronunció Caroline Healey Dall en el Liceo de Concord en 1859.

Una conferencia literaria de una mujer fue una novedad, y Emerson bromeó con que Thoreau, quien pensaba que las mujeres nunca tenían nada que decir, ciertamente no vendría (HDT, 439).

Thoreau, contra el pronóstico de Emerson, acudió a la conferencia; eso sí, casi de incógnito. Apreciando el valor de lo que había escuchado allí, pronunció el siguiente comentario después de la conferencia:

«¡Pero esta mujer tiene algo que decir!», respondió [Thoreau] a la broma de Emerson, antes de invitar a Dall a quedarse un día más con los Thoreau (HDT, 439).

Más allá de la acogida concreta que tuviera en tal o cual hombre o grupo de ellos, la conferencia de Healey Dall era una prueba más de la consolidación de una corriente que se había mostrado imparabile: la de la reivindicación de los derechos de la mujer. Desde la misma Declaración de Seneca Falls de 1848, habían sido multitud —y serían muchas más— las ocasiones en que mujeres de todo tipo tomaron la palabra para expresarse libremente. Es el caso, por ejemplo, de Sojourner Truth, que en su discurso de 1851 expuso con total claridad la concatenación de las dos luchas en que se había visto inmersa: la de los esclavos y la de las mujeres⁶.

V. La capacidad de educar a los hombres

Le ha negado los medios para obtener una educación completa, cerrándole el acceso a todas las universidades. [...]

Ha tratado de destruir por todos los medios la confianza de las mujeres en sus propias

6 - Puede verse un enlace a las diferentes versiones del discurso (en The Library of the Congress y en The Sojourner Truth Project) en <https://www.nps.gov/articles/sojourner-truth.htm>

capacidades, reduciendo su autoestima y conduciéndolas a una vida dependiente y miserable. (DSF)

Alzar la voz, tomar la palabra, fue una conquista importante, sin duda. Pero, al menos en mi opinión, hubo otra cuyo efecto fue y es aún más radical y permanente. Me refiero a la capacidad para educarse y para educar a los hombres.

La importancia de la educación para el desarrollo humano no tiene parangón, siendo probablemente el factor cuya presencia o ausencia genera una mayor desigualdad entre las personas. La educación, como aparece en el relato de Mary Antin, *La tierra prometida*, es casi un regalo divino.

La educación era gratis. Ese era el tema del que mi padre había escrito repetidamente, ya que resumía todas las esperanzas que tenía para nosotros, sus hijos, la esencia de las oportunidades que América ofrecía.

Pocas cosas hay más claras para quien abra los ojos que el papel esencial de la mujer en la educación de la infancia. Sin embargo, en casi todas las sociedades ha habido un momento en que, a cierta edad, se ha alejado a los muchachos de la influencia femenina para ponerlos en manos de otros varones

y adentrarlos en otro tipo de educación, de la que se las excluía a ellas. No era una excepción la sociedad de Massachusetts a principios del siglo XIX, que poseía una institución educativa que todavía hoy se considera una de las mejores del mundo: la Universidad de Harvard.

Que Harvard estuviera respaldada por el estado no significaba que estuviera abierta a cualquiera. Incluso las mujeres más dotadas eran categóricamente excluidas (HDT, 75).

Dolorosa paradoja, las mismas mujeres que no podían asistir a clase ni ser profesoras en Harvard tutorizaban a los chicos que se preparaban para acceder o que necesitaban recuperar alguna asignatura suspensa. Una de esas mujeres fue Margaret Fuller, escritora, amiga de Emerson y miembro del grupo trascendentalista —muerta de la manera más triste en 1850 en el naufragio del *Elizabeth* en las costas de Nueva York, junto a la isla de Fire—.

Margaret Fuller, que también tutorizó a estudiantes de Harvard [...] se convirtió en una de las colegas más respetables de Thoreau, pero solo cuando Thoreau dejó Harvard Yard para entrar en un mundo donde las mujeres de intelecto podían dejar su marca (HDT, 75).

Fuller tuvo un papel importantísimo en la vida intelectual de Thoreau, pues al principio de su carrera le habló con suma franqueza sobre las dificultades de su poesía, lo que permitió a Henry, pese a la frustración, encontrar un camino propio y original como escritor. Al hacer esto, y hacerlo con la autoridad de quien se había cultivado a sí misma con éxito, Fuller estaba siendo un ejemplo fundamental para Thoreau de lo que podía llegar a ser una mujer.

Thoreau respetaba a las mujeres que derribaban barreras y emprendían sus propios caminos, mujeres a las que se podía conocer en la «senda ascendente», escribió, mujeres como [Margaret] Fuller, que pensaban que el género era fluido y que las mujeres también podían ser masculinas (HDT, 324).

Es a esto a lo que me refiero con la capacidad de educar a los hombres, pues Fuller no temió, en absoluto, mostrar su rechazo a la incipiente producción poética de Thoreau ya que no veía en ella la autenticidad que consideraba imprescindible para poder apreciarla. Al ser firme con él y no caer en la adulación, le ayudó a convertirse en quién podía llegar a ser, la tarea fundamental de todo educador para con sus pupilos.

Margaret Fuller fue una mujer de gran talla intelectual y muy comprometida con la lucha por los derechos de las mujeres, siendo la autora del que se considera el manifiesto feminista americano: *La mujer en el siglo XIX*. En el origen de esta obra había estado el artículo «El gran pleito», publicado en la revista *Dial*, editada a cargo de Emerson. Sobre el artículo, diría Thoreau que era: «‘Una pieza noble, rica, escritura improvisada pluma en mano’ que mostraba que, ‘al escribir, la conversación debe plegarse muchas veces’», (HDT, 294). Su lectura y la enseñanza personal de Fuller hicieron mella en la tibia actitud de Thoreau respecto de la emancipación de las mujeres.

Es cierto que su amigo Henry Thoreau no peleaba por los derechos de las mujeres, pero alabó el ensayo fundacional de Fuller sobre los derechos de las mujeres, y casi al mismo tiempo, fue a una iglesia cuáquera en Nueva York para escuchar a Lucrecia Mott hablar sobre «La esclavitud y la degradación de la mujer» (HDT, 323).

La misma Mott que cinco años más tarde organizaría, junto a otras líderes feministas, la Convención de Seneca Falls.

Referências bibliográficas

LAURA DASSOW WALLS. *Henry David Thoreau. Una vida*. Traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Cátedra, Madrid, 2019 (en adelante, HDT y número de página).

HENRY D. THOREAU. *Escritos sobre la vida civilizada*. Edición de Antonio Lastra. Traducción de Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero. In Itinere, Oviedo, 2012.

BERNARD DEVOTO. *Más allá del ancho Misuri*. Traducción de Marta Lila. Valdemar, Madrid, 2017.

HARRIET ANN JACOBS. *Incidentes en la vida de una esclava*. Universidad de León, León, 1997, p. 61.

HENRY D. THOREAU. *Walden*. Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra. Cátedra (Letras Universales), Madrid, 2007.

MARY ANTIN. La tierra prometida en AITOR IBARROLA-ARMENDÁRIZ Y RAQUEL BLAVE (EDS.). *Entre dos mundos. Antología de relatos intelectuales americanos*. Mensajero, Bilbao, 2005, p. 78.

MARGARET FULLER. *La mujer en el siglo XIX*. Edición y traducción de Antonio Lastra y Javier Alcoriza. Aduana Vieja, Valencia, 2009.

NOTAS CURRICULARES

Juan Diego González Sanz | Doctor en Antropología filosófica por la Universidad de Huelva (2014) y Doctor en Historia y Artes por la Universidad de Granada (2022), Juan Diego González Sanz es profesor del Departamento de Enfermería de la Universidad de Huelva, donde dirige Anábase. Seminario permanente de investigación en Enfermería y Filosofía. Desde 2010 es secretario de redacción de La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales. Ha dedicado los últimos quince años a estudiar la obra del pensador francés Michel de Certeau, del que ha traducido recientemente *El extranjero o la unión en la diferencia* (Trotta, 2021), y a profundizar en la relación entre la filosofía y la enfermería.

juan.gonzalez@denf.uhu.es

Marina Pignatelli | Marina Pignatelli é antropóloga. É professora associada no ISCSP, Universidade de Lisboa, onde fez o doutoramento em Ciências Sociais na especialidade de Antropologia e o mestrado em Ciências Antropológicas. Completou pós-graduações em Etnologia das Religiões (UNL-FCSH), Estudos Sefarditas (Cátedra Estudos Sefarditas – FLUL/UL), Gestão Civil de Crises (IDN) e Património Cultural Imaterial (DGPC/UAb), bem como diversos cursos livres na área da religião. Tem-se dedicado ao estudo da realidade

judaica em Portugal desde 1991 e terminou um pós-doutoramento sobre os judeus de Moçambique. É investigadora integrada do CRIA – Centro em Rede de Investigação em Antropologia, coordenadora executiva do LEJ- Laboratório de Estudos Judaicos e membro da direção da P&D Factor e da Associação Portuguesa de Antropologia.

mpignatelli5@gmail.com

Pedro Pereira | Pedro Pereira é antropólogo e professor. Nasceu no Porto, é licenciado, mestre, doutor, pós-doutorado em Antropologia e possui uma Pós-Graduação em Práticas Terapêuticas e Diversidade Cultural e outra em Dinâmicas Religiosas. É Professor Adjunto do Instituto Politécnico de Viana do Castelo, lecionando diversas unidades curriculares de âmbito antropológico em cursos de diferentes níveis e áreas, sendo Coordenador da Academia Sénior. É Vogal da Direção da Associação Portuguesa de Antropologia. É Investigador Integrado do Centro em Rede de Investigação em Antropologia, Co-Coordenador do Núcleo de Antropologia da Religião e os seus interesses de investigação têm-se situado, privilegiadamente, nos campos da saúde, da religião e do património cultural. Entre as diversas publicações de artigos e livros, destacam-se as obras: